



Victor R. Caivano/
AP, Honduras
1998

Sección uno, Desastres naturales



Capítulo

3

Huracán Mitch: radiografía de una catástrofe

Mitch fue el huracán del Océano Atlántico más devastador desde 1780. Honduras y Nicaragua fueron los países más castigados y 10.000 personas perecieron en los deslizamientos de tierra y las inundaciones. Tiempo nefasto, cambio climático a largo plazo, deterioro del medio ambiente, pobreza, crecimiento de la población, desigualdad social, deuda externa y comercio injusto se conjugaron para que su impacto fuera mortal. El futuro desarrollo sostenible de la región dependerá de la preparación en previsión de desastres y la integral reducción de riesgos.

El huracán Mitch, que se puede imputar a la corriente cálida del Golfo de México, fue el más devastador de los 33 huracanes registrados en el Atlántico Norte entre 1995 y 1998. También puede imputarse al fenómeno denominado La Niña que calienta los mares del Caribe y desvía la corriente en chorro que habitualmente contrarresta los huracanes. El calentamiento de los océanos tal vez sea el factor común.

Desatado por las aguas calientes del Caribe, inicialmente el huracán Mitch se dirigía a Belice, pero inesperadamente cambió de rumbo, azotando Honduras el 29 de octubre de 1998. Los vientos, que llegaron a alcanzar 290 kph, perdieron velocidad al llegar a la costa. Las montañas hicieron que el huracán se levantara y descargara en 48 horas las precipitaciones equivalentes a un año de lluvias (de 1 a 1,5 metros).

Dichas precipitaciones resultaron más destructivas que los vientos huracanados, ya que las zonas de colinas, desprovistas de bosques protectores, se saturaron y terminaron por inundarse. Aldeas enteras quedaron sepultadas por los derrumbes que también bloquearon el río Choluteca, creando una tóxica laguna de aguas negras, productos químicos y cadáveres. Muchos deslizamientos obedecieron a derrumbes anteriores; otros fueron provocados por las crecidas que socavaron los bancos de los ríos. Los menos intensos, a razón de 65 kph como máximo, a menudo fueron los más veloces y letales. Pero el mayor cataclismo provocado por el huracán Mitch tuvo lugar en el volcán Las Casitas, en cuyos torrentes de barro perecieron la mayor parte de las 2.800 víctimas mortales de Nicaragua. Durante la reconstrucción, se dará cabal prioridad a la evaluación de riesgos en las laderas de las montañas.

Crecidas repentinas desbordaron los estrechos ríos del centro y el sur de Honduras, arrastrando diques, puentes y comunidades. En la zona costera de los alrededores de San Pedro Sula, donde abundan las plantaciones de plátano, las aguas cubrieron 15 kilómetros. El río Choluteca salió de madre, destruyendo valiosos viveros de langostinos. Tegucigalpa, la capital, sufrió violentas inundaciones, que arrastraron puentes y comunidades ribereñas, provocando mortales deslizamientos de tierra que engulleron las barriadas pobres. La mayor parte de los daños se concentraron cerca del río y en los barrios pobres y modestos, asentados en las tierras bajas.

Se estima que en América Central los daños ascienden a un total de 5.000 millones de dólares. Dos tercios de esta cifra corresponden a Honduras, lo que representa el 60 por ciento del producto interior bruto de ese país donde fueron destruidos la



cuarta parte de las instituciones de enseñanza, la mitad de la agricultura (prácticamente todas las plantaciones de plátanos) y el 60 por ciento de los puentes. La catástrofe se cobró la vida de 6.000 hondureños, principalmente en el norte: unos 80.000 perdieron su casa y las de otros 70 000 fueron dañadas. Algunas ciudades, caminos y carreteras, indispensables para transportar los productos de exportación, simplemente desaparecieron del mapa. En el principal Estado productor de plátanos, a las 9.000 personas que se quedaron sin trabajo se les advirtió que no habrá cosecha alguna durante dos años.

¿Qué factores humanos contribuyeron a la gestación del desastre? La deforestación es discutible. En 1960 los bosques cubrían el 63 por ciento del territorio hondureño, actualmente, el 37 por ciento. Las colinas en torno a Choluteca, recientemente despojadas por la industria maderera, los ganaderos y los agricultores, fueron destruidas seriamente. Sin embargo, observaciones aéreas muestran fajas de bosques y laderas de montañas sin un solo árbol que quedaron intactas, lo que permite suponer que las raíces del pino autóctono tal vez no alcancen una profundidad suficiente como para asegurar la cohesión de los suelos.

Los indios lenca sobrevivieron a la embestida del huracán Mitch, gracias a sus técnicas ancestrales de cultivo en la montaña donde las terrazas y el cultivo en tierras resguardadas por las raíces de los árboles, nutriendo el suelo con los restos de la poda, suplantando la tala y la quema. Ahora bien, árboles y plantas protegen los suelos, absorbiendo parte del volumen y el impacto de la lluvia, pero no se puede confiar en que eviten los deslizamientos de tierra.

Muchos de ellos comenzaron en las laderas empapadas por la construcción de caminos de montañas, al tiempo que las rocas expuestas por las excavaciones cayeron, bloqueando las carreteras. La lluvia llenó las minas que desbordaron de escombros, inundando las zonas aledañas.

Los residentes de Tegucigalpa informaron que hacia la medianoche del 30 de octubre se alzó «una pared de agua», probablemente, debido al desmoronamiento de los diques. Uno de los diques construidos por el hombre cedió; en otro, los operadores liberaron hasta 760 metros cúbicos de agua por segundo en dirección de la capital, 10 kilómetros río abajo; el tercero, formado por un viejo deslizamiento de terreno, ya estaba rebosando por las lluvias estacionales cuando estalló. La represa de El Cajó, que genera un tercio de la electricidad de Honduras, se mantuvo a duras penas, pero los escombros de los embalses dañados comprometen su futura utilidad.

La población de Honduras se ha cuadruplicado desde 1950 hasta la fecha. La urbanización y el índice demográfico de 3,1 por ciento anual han obligado a los pobres a habitar en los terrenos de aluvión y las laderas de las colinas expuestas a desastres, en viviendas precarias con los peores servicios.

Dado que se trata del segundo país más pobre de la región, carece de infraestructura, de servicios de salud y de servicios de urgencia para hacer frente a los desastres. El reembolso de la deuda, que asciende a 4.500 millones de dólares, insuena el 40 por ciento del gasto público.

La ayuda alimentaria afluyó, pero resultó en gran medida innecesaria y fue perniciosa para los mercados locales. Los cultivos comerciales del valle fueron devastados, pero los cultivos principales de las mesetas resistieron. El almacenamiento y la distribución de alimentos resultaron más problemáticos que la oferta. Las temidas epidemias no estallaron. A escala regional, se registraron 8.000 casos de paludismo, cólera y dengue, muy pocos mortales. A largo plazo, preocupa la pérdida de existencias de semillas para futuros cultivos, la destrucción del sistema de distribución de agua y alcantarillado, y los miles de minas terrestres cuya ubicación se desconoce porque fueron arrastradas por las aguas.



La ayuda fue un bien a medias. En Choluteca, los refugios de emergencia socavaron la autoayuda porque los habitantes se echaban en las hamacas a esperar que otros reconstruyeran las casas del lugar. Políticos y religiosos patrocinaron refugios para recabar fondos y granjearse simpatías. Pero, en todas partes, se comenzó a excavar inmediatamente en el barro y los escombros para restablecer casas y vidas. No obstante, las instrucciones del gobierno de no volver a construir cerca de los ríos no fueron respetadas por todos.

En algunas ciudades se había atesorado la experiencia adquirida durante del desastre provocado por el huracán Fifi que, en 1974, costó la vida a 5.000 hondureños. Las autoridades de San Pedro Sula prohibieron la construcción en zonas expuestas a inundaciones, repoblaron los bosques de las laderas de las colinas, mantuvieron canales de desagüe y reforzaron los puentes. Cuando llegó el huracán Mitch, pudieron evacuar a 60.000 personas de las zonas de alto riesgo y trasladarlas a los 250 refugios previstos para el caso. Resultado: esta vez no hubo que deplorar ninguna muerte. Por todas de partes, las redes de radio lograron dar la alerta a los aldeanos sin teléfono. Después del desastre, *US Geological Survey* estableció mapas que, a su juicio, ayudarán a prever ulteriores deslizamientos de tierra, diseñar puentes que resistan a las inundaciones e identificar las zonas de desviación aguas arriba de las ciudades.

Con la ayuda de 625 millones de dólares del Banco Mundial, Honduras ha decidido reforzar las comunicaciones, la infraestructura y la alerta temprana. Ahora bien, las «inyecciones» de tecnología no bastan para romper el círculo vicioso de crecimiento de la población, deterioro ambiental y pobreza. El desarrollo sostenible, basado en la comunidad, tal vez se resienta porque los tecnócratas suelen dar prioridad a las obras públicas. La reconstrucción urbana a gran escala atrae a la ciudad a un mayor número de trabajadores migratorios, ampliando las barriadas pobres que se encuentran en terrenos marginales, blanco principal del próximo desastre.

La concepción según la cual, las ideas que «vienen de arriba» son indispensables para una intervención eficaz en caso de emergencia, no ayuda. Los organismos deben evaluar las

Imperativos humanitarios

Las evaluaciones de ayuda iniciales confirmaron que las inundaciones habían devastado los cultivos, en particular las plantaciones de plátano y de café, y habían destrozado las redes de distribución. Decenas de miles de personas se quedaron sin casa ni trabajo de un día para otro. Al no poder cosechar los productos principales, la gente hubiera tenido que comprar alimentos a precios inflacionarios, ya que faltaban seis meses para la próxima cosecha. En los organismos se temía que los más afectados tuvieran serios problemas para conseguir comida suficiente. Era imprescindible intervenir sin demora. Se establecieron sistemas de ayuda alimentaria, y los víveres se compraron en el mercado local o se importaron de las fuentes más cercanas.

¿Las previsiones eran equivocadas? Algunos aseveraron que se habían derrochado millones de dólares en una ayuda alimentaria que no hacía falta y había socavado los mercados locales. De todos modos, los cultivos principales no habían resultado tan dañados como los cultivos comerciales. Pero el precio de los alimentos iría en aumento a medida que se fueran agotando las existencias. La ayuda alimentaria, lejos

de socavar los mercados locales, podía estabilizar los precios a los índices previos al desastre y subvencionar los artículos de primera necesidad para los más pobres, en lugar de garantizar el lucro de los comerciantes oportunistas del lugar.

Últimamente, el término «emergencia compleja» ha sido sinónimo de conflicto e inanición. Pero, tal como lo demostrara la experiencia en el caso del huracán Mitch, todo desastre de grandes proporciones es complejo. Los riesgos son grandes y los organismos toman decisiones rápidamente para poder salvar vidas. El socorro de emergencia no consiste en cotejar las necesidades inmediatas con las probables secuelas a largo plazo. Esta condicionalidad, ya sea en las esferas de la economía o de los derechos humanos, es el anatema del quehacer humanitario. Los médicos operan a asesinos y policías por igual, el hecho de que un paciente mate a alguien después no invalida la intervención del médico. Del mismo modo, los colaboradores de la acción humanitaria alivian inmediatamente el sufrimiento patente, sin detenerse a considerar huera hipótesis sobre un futuro incierto.



necesidades de rehabilitación con mayor rapidez y adoptar métodos que propicien la participación en la recuperación y el desarrollo. Las ONG locales, las secciones de la Cruz Roja y el resto de la sociedad civil pueden establecer vínculos con prestamistas internacionales para garantizar que la ayuda beneficie a todo el mundo, lo que supone no limitarse a las grandes ambiciones de infraestructura y ocuparse más bien de poner remedio a los errores de la intervención humana, a raíz de los cuales, un desastre natural, el huracán Mitch, se convirtió en una tragedia humana



Andy Johnstone/
Impact Photos,
Rusia 1998



Capítulo

4

Un crudo invierno agrava la crisis rusa

¿Está Rusia al borde del abismo? El pasado noviembre, Moscú aseveró que los rumores de hambruna incipiente eran exagerados. Aun así, se negociaron 1.500 millones de ayuda alimentaria con los Estados Unidos y la Unión Europea. Desde el 17 de agosto de 1998 —lunes negro en que Rusia devaluó el rublo y dejó de pagar la deuda— la inflación ha subido a 70 por ciento y la inversión extranjera cayó a plomo. Las importaciones de alimentos (un tercio del consumo) pasaron a ser un lujo, al igual que los medicamentos extranjeros. En 1998, la cosecha de cereales fue la peor de los últimos 40 años. La desnutrición, la pobreza y la enfermedad comenzaron a propagarse.

Uno de cada tres rusos vive con menos de un dólar por día. Más de un millón de niños no tienen hogar y el 40 por ciento viven en la pobreza. Muchos logran salir adelante mediante el trueque o cultivando pequeñas parcelas. El aumento de los servicios médicos, la creciente desesperación y el alcoholismo acaban con la salud. Actualmente, la esperanza de vida de los hombres es de 58 años. El 50 por ciento de la mortalidad de lactantes obedece a accidentes, lesiones y violencia, y el otro 50 por ciento a la desnutrición y condiciones de vida precarias. El sida y la tuberculosis resistente a los antibióticos se propagan. La indigencia aumenta los riesgos que corren las familias frente a desastres naturales como las inundaciones, los terremotos y los incendios de bosques. Los inviernos rigurosos dejan aisladas a millones de personas en el lejano norte donde algunas regiones no pueden darse el lujo de sufragar el transporte de combustible y artículos de primera necesidad. Ante esta situación sin precedentes, ¿qué clase de ayuda es apropiada?

El derrumbe institucional y político subyace en la crisis económica de Rusia y en su crónica incapacidad de fomentar el desarrollo. La transición ha reducido a más de la mitad el nivel de vida de la mayoría de los rusos, y la desigualdad de ingresos cada vez más pronunciada sugiere que la situación es mucho peor para los pobres. Según el Banco Mundial, en todo el mundo la crisis económica de las economías emergentes acarrea hambruna, desnutrición y enfermedades infecciosas, al tiempo que se hunden los salarios, la salud y los niveles de educación. Dado que en todas partes del mundo, más y más pobres son víctimas de los caprichos de los mercados mundiales, los organismos humanitarios deben redefinir su función en este proceso.

Contrariamente a lo que sucedió con el huracán Mitch, resulta difícil indicar con precisión cuándo comenzó el desastre en Rusia, y dónde y quién necesita qué para

sobrevivir. A pesar de los llamamientos caritativos de medicamentos, ropa y comida, Rusia sólo ha recibido ayuda por 30 millones de dólares entre enero y septiembre de 1998, es decir, el equivalente al 0,1 por ciento de las importaciones correspondientes a ese período. La ayuda alimentaria de los EE UU y la UE suscitó controversia puesto que los alimentos se venderán en Rusia a precio de mercado, por lo que serán demasiado caros para los pobres que los necesitan y, a la vez, arruinarán las ventas locales. Los beneficiarios serán los agricultores occidentales que reciben subsidios para proporcionar cereales y los dudosos comerciantes rusos que los venderán.

Los donantes tal vez tengan reservas acerca de costear una ayuda humanitaria propulsada por factores políticos y económicos. La agudización de la pobreza y de la desigualdad son el precio de la transición a la economía de mercado. Dado que no se trata de desastres a los que se les da mucha publicidad para instar a los donantes a dar su aporte, el colapso sistemático de Rusia está acelerando calladamente la crónica crisis social. Tras la tragedia del huracán Mitch, Honduras y Nicaragua obtuvieron ayuda por valor de 6.500 millones de dólares en préstamos y alivio de la deuda. Rusia, donde más millones de seres humanos están en peligro, sólo consiguió la cuarta parte de esa cifra.

Se impone determinar con precisión quiénes recibirán socorro, y la ayuda alimentaria no es la única solución. La exportación de alimentos ha aumentado porque las ventas en el mercado nacional se desplomaron. Las regiones ricas en alimentos han desafiado a Moscú y se quedaron con los alimentos de las zonas más pobres. En Rusia no escasean los víveres, sólo el dinero para comprarlos y una buena red para distribuirlos. La falta de dinero en efectivo genera una crisis de la demanda y la mejor manera de combatirla es transferir los ingresos a los pobres y mantener las redes de seguridad social. Los precarios sistemas de distribución, debilitados por la crisis de la corriente de efectivo de la banca, traen aparejada una escasez de la oferta de artículos de primera necesidad, de ahí que el socorro de emergencia sea indispensable. Desde el lejano nordeste de Rusia, un funcionario de la Cruz Roja informa: «los alimentos cuestan el triple que en Moscú, pero no hay nada, nada que comprar».

Ahora bien, la crónica crisis de la demanda requiere soluciones innovadoras y a largo plazo, no las habituales intervenciones de socorro en casos de desastre. Actualmente, el trueque representa el 80 por ciento de las transacciones, limitando seriamente la capacidad impositiva de Moscú e impidiendo que millones de personas compren lo imprescindible. Si bien muchos tienen lo suficiente para comer, no pueden cambiar tomates por penicilina. Por consiguiente, mantener el poder adquisitivo de los pobres —mediante la generación de empleo, la inversión pública, la formación de los trabajadores y el microcrédito— puede ayudar a los rusos a resistir a los desastres financieros y naturales. La mayor parte de la ayuda de Canadá, 1.600.000 dólares, consistió en el efectivo que donó a la Cruz Roja para comprar lo necesario en el mercado local y distribuirlo a los beneficiarios, incrementando, a la vez, las ventas de los proveedores nacionales.

La ayuda de emergencia no basta para atender a los 44 millones de rusos que viven en la pobreza. ¿Qué deberían hacer las organizaciones? Fomentar la asistencia basada en el crecimiento económico y la creación de instituciones: consolidar los servicios y las redes sociales para mitigar y neutralizar los efectos de la crisis financiera; proteger los recursos contra la incompetencia y los chanchullos estatales, y entregar la ayuda directamente a quienes la necesitan. Dado que las diferencias entre socorro y desarrollo son imprecisas, el reto consiste en concebir una asistencia que satisfaga las necesidades inmediatas, al tiempo que vaya consolidando las desbaratadas estructuras política, económica y social.

Una ayuda eficiente tiene que contar con el apoyo de instituciones sociales que ayuden a identificar a quienes corren riesgos, a distribuir la asistencia rápidamente

y a verificar el socorro para garantizar que llegue a quienes lo necesitan verdaderamente. En Rusia, las guarderías y las escuelas permiten llegar a los niños, lo que de otra manera resulta difícil. También permiten que quien gana el sustento de la familia pueda seguir trabajando. Pero, muchas han cerrado por falta de fondos, lo que supone una amenaza para las familias más pobres que no pueden permitirse el lujo de contratar a alguien que se ocupe de sus hijos. Los empleadores ofrecen la mayor parte de los servicios en especie, de ahí que la privatización y el desempleo estén privando a los hogares de prestaciones indispensables. Los datos indican que en Rusia hay 60.000 instituciones benéficas, pero sólo el 4 por ciento de la población tiene confianza en ellas. Las organizaciones pueden prestar apoyo a los servicios sociales que aún quedan, fomentar la transformación de las redes de la debilitada sociedad civil en prestadores alternativos de servicios sociales, y propiciar la transparencia y el debate públicos

Pero en Rusia, la mayor parte de la amplia infraestructura social sigue en manos del Estado. Las organizaciones podrían mejorar la distribución de la ayuda, utilizando los datos de los gobiernos locales para identificar a los beneficiarios, al tiempo que comparten pericias y recursos con los apremiados homólogos rusos. Muchas familias pobres tienen derecho a recibir asistencia, pero no la piden, por lo que convendría mejorar los sistemas de información pública. Además, las organizaciones pueden articular las necesidades de los más pobres de la sociedad que, tal vez, no tengan significado político alguno para las autoridades locales.

Apoyar las estructuras estatales o lograr que la opinión pública influya en los ministerios gubernamentales tal vez sean tareas con demasiados tintes políticos para las organizaciones que están acostumbradas a actuar con imparcialidad, neutralidad e independencia. Pero si las organizaciones internacionales se proponen combatir la pobreza en forma sostenida y reducir los desastres en Rusia, deben obrar para conseguir que las autoridades locales y nacionales cumplan las funciones sociales que les son propias.

La propagación de la TB supone una amenaza internacional

En la ex Unión Soviética, las epidemias de tuberculosis (TB) se cobran una vida cada 25 minutos, siendo la pobreza su principal vector. En Rusia, hay 111.000 nuevos casos y unas 25.000 muertes anuales, el doble que en 1991. La TB es la causa principal de mortalidad de los pacientes seropositivos. Las precarias medidas de control de esta enfermedad, que traen aparejado un 20 por ciento de resistencia a los medicamentos y el aumento de la pandemia del sida serán desastrosos. En resumen, la TB resistente a los medicamentos será una amenaza internacional.

La desnutrición, el exceso de alcohol, determinados medicamentos y (hasta 30 veces) el VIH/SIDA debilitan las defensas inmunitarias. Si se trata como corresponde, la TB se puede curar con una batería de medicamentos, pero es difícil, cuando no imposible, tratar la TB resistente a los medicamentos. El hacinamiento y la falta de higiene en las cárceles son el caldo de cultivo ideal para el bacilo de la TB que infecta a uno de cada 25 presos rusos (la media europea es

de menos de uno por 10 000). Aunque la TB afecta principalmente a los indigentes —personas sin hogar y desnutridas, alcohólicos y presos— a medida que aumenta el número de casos se va convirtiendo en una amenaza para toda la sociedad.

Según fuentes oficiales, hay 10.283 seropositivos pero la cifra real puede ser 10 veces mayor porque Rusia carece de programas de diagnóstico y tratamiento completos. La educación es crucial para reducir la transmisión y mejorar el diagnóstico y el tratamiento precoces. El servicio de enfermeras visitadoras de la Cruz Roja Suiza (2 087 profesionales en 1997) se está reforzando para ayudar a controlar la epidemia, mediante unidades móviles de educación y tratamiento de la TB con medicamentos. Además, por conducto de proyectos de la juventud se transmiten mensajes a los jóvenes sobre un estilo de vida saludable, relaciones sexuales seguras y el peligro de la drogadicción. No obstante, ha de hacerse más para apoyar las iniciativas gubernamentales.